

más malparada que comedia antigua en manos de autor moderno,» porque la tal refundición es desdichada.

Refundir una comedia no es ni puede ser nunca alterar el pensamiento capital del autor, variar los caracteres, exagerar á unos personajes, y esto hizo el refundidor.

No queriendo desacostumbrar al público á las innovaciones de Zorrilla, introdujo apotheosis final; pero siguió las extravagancias de este autor, aumentándolas sin corregirlas, alterando completamente el desenlace.

En el drama de Zamora, D. Juan, huyendo de su perseguidor Gonzaga, se refugia en el Panteón y allí le da muerte la estatua.

En la refundición muere á manos de Gonzaga, y anda dos actos mortales no se sabe si muerto ó vivo. La salvación de Tenorio es así tan inconcebible, como aquellos dos actos y el principio que la origina; su profesión de fe no puede ser más heterodoxa, puesto que la fe por si sola no salva.

La exageración del papel de gracioso, hasta convertir la comedia en obra de figurón y canto casi flamenco, es un agravio de lesa literatura.

Oportuno sería que se refundiese bien *El Convidado de Piedra* ó *El Burlador de Sevilla*, conservando el pensamiento de sus autores, para que ya que continúa la costumbre de representar el *Tenorio* el día de difuntos, sea puesto en escena el drama original y español, y no el *Tenorio* influido por producciones excépticas extranjeras de Byron y Molière, infieles á la tradición y verdadero carácter de *El Burlador de Sevilla*.

EL MARQUÉS DE VALLE-AMENO.

## LOS MUERTOS

Cerraron sus ojos  
que aún tenía abiertos;  
taparon su cara  
con un blanco lienzo;  
y unos sollozando,  
otros en silencio,  
de la triste alcoba  
todos se salieron.

La luz, que en un vaso  
ardía en el suelo,  
al muro arrojaba  
las sombras del lecho;  
y entre aquella sombra  
veíase á intervalos,  
dibujarse rígida  
la forma del cuerpo.

Despertaba el día,

y á su albor primero  
con sus mil ruidos  
despertaba el pueblo;  
ante aquel contraste  
de vida y misterios,  
de luz y tinieblas,  
medité un momento:  
«¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!!»

De la casa en hombros  
lleváronla al templo,  
y en una capilla  
dejaron el féretro;  
allí rodearon  
sus pálidos restos  
de amarillas velas  
y de paños negros.

Al dar de las ánimas  
el toque postrero,  
acabó una vieja  
sus últimos rezos:  
cruzó la ancha nave,  
las puertas gimieron,  
y el santo recinto  
quedóse desierto.

De un reloj se oía  
compasado el péndulo,  
y de algunos cirios  
el chisporroteo.  
Tan medroso y triste,  
tan oscuro y yerto  
todo se encontraba...  
que pensé un momento:  
«¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!!»

De la alta campana  
la lengua de hierro,  
le dió, volteando,  
su adiós lastimero.  
El luto en las ropas,  
amigos y deudos  
cruzaron en fila,  
formando el cortejo.

Del último asilo,  
oscuro y estrecho,  
abrió la piqueta  
el nicho á un extremo;  
allí la acostaron,

tapáronle luego,  
y con un saludo  
despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,  
el sepulturero,  
cantando entre dientes  
se perdió á lo lejos.  
La noche se entraba,  
reinaba el silencio.  
Perdido en las sombras,  
medité un momento:  
«¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!!»

En las largas noches  
del helado invierno,  
cuando las maderas  
crugir hace el viento,  
y azota los vidrios  
el fuerte aguacero,  
de la pobre niña  
á solas me acuerdo.  
Allí cae la lluvia  
con un son eterno;  
allí la combate  
el soplo del cierzo.  
Del húmedo muro  
tendida en el hueco,  
acaso de frío  
se hielan sus huesos!

GUSTAVO A. BECQUER.

## HOMERO

(Continuación)

Bien pronto notará el lector atento que al querer poner de relieve los desastres y calamidades que caen sobre los griegos con motivo de la cólera de Aquiles, el autor se ha detenido, por así decirlo, en la marcha de su desarrollo por el deseo muy natural de vengar la muerte de cada griego por un troyano más ilustre todavía, y de hacer valer la gloria de los numerosos héroes aqueos matando á un mayor número de troyanos hasta en las jornadas en las cuales los griegos son derrotados. Aunque admitiéramos que viviendo entre los descendientes de esos héroes aqueos, tuvo á su disposición más tradiciones sobre ellos que sobre los troyanos, hay, sin embargo, otra cosa todavía en la preferencia marcada que muestra por las tradiciones aqueas; hay la intención manifiesta de dar un carácter nacional á su obra. Compárase la narración del segundo día al del primero: un libro sólo —el octavo— basta al poeta para contar el desastre de los griegos, en el cual ha de convenir, pero que él compensa por